

## AUSENCIA Y PRESENCIA: DOS CATEGORÍAS DEL ENTENDIMIENTO HISTÓRICO

José C. Bermejo Barrera  
Universidade de Santiago de Compostela

### Resumen

En este trabajo se analizan las categorías de ausencia y presencia en los campos del conocimiento científico, en el ámbito psicológico y en el campo de la historia. Se diferencian las categorías de presencia inmediata y mediada, y se establece su conexión a través del principio de causalidad. Se concluye que esta conexión en historia no es posible.

*Palabras clave:* presencia, ausencia, causalidad, historia

### Abstract

In this paper I analyze the categories of absence and presence in the fields of scientific knowledge, psychology and history. I distinguish the categories of immediate presence and mediate presence, and I establish their connection through the causality principle. It is concluded that this connection in history is not possible.

*Keywords:* presence, absence, causality, history.

Suele decirse que Dios puede cambiarlo todo menos el pasado. De ser esto cierto, y dejando a un lado las implicaciones teológicas, los historiadores estarían de suerte, puesto que en su labor cotidiana se enfrentarían a algo que está ahí, que posee un carácter fáctico, y en el que, al no haber lugar alguno para el desarrollo de diferentes posibilidades, todo vendría a tener un carácter necesario. El mundo de la necesidad es el mundo propio del conocimiento científico —o por lo menos del conocimiento científico que tomó como su modelo a la física clásica—, y por ello los historiadores, al anunciar en sus textos el devenir de lo necesario, podrían aproximarse a ese modelo de conocimiento, al que hace algún tiempo viene admirando.

Sin embargo, este carácter fáctico y necesario del pasado, que parece estar tan claramente enunciado, se encuentra ante una dificultad fundamental, y es que, en contrapartida también podríamos decir, que lo que caracteriza al pasa-

do, y sobre todo al pasado histórico, es precisamente el no estar presente, el no estar ante nosotros. En este sentido el pasado, por el contrario, vendría a resultar inaprensible y el conocimiento histórico, lejos de marchar por el seguro camino de la ciencia, vendría a adquirir un carácter problemático.

Para resolver este dilema, que quizás sólo sea aparente, convendrá, pues, que iniciemos una análisis de dos categorías del entendimiento histórico: ausencia y presencia, que estarían en directa relación con las categorías de modalidad: posibilidad, efectividad y necesidad, siendo quizás dos aspectos de la segunda de esas categorías, la de efectividad. Estas dos nuevas categorías, como esperamos mostrar, poseen una indudable importancia dentro del ámbito del conocimiento histórico. Su análisis deberá llevarse a cabo desde una triple perspectiva: epistemológica, antropológica y sociológica, impuesta por las características específicas de este tipo de conocimiento.

## I

Las categorías de ausencia y presencia no son exclusivas del pensamiento histórico, como todas las categorías del entendimiento son utilizadas sistemáticamente en nuestra vida cotidiana, y, por supuesto, son fundamentales para el desarrollo del conocimiento científico.

En el campo de las ciencias físico-naturales se trabaja normalmente con los hechos, que poseen una naturaleza: física, química, biológica, que viene determinada por el tipo de teoría científica a partir de la cual se investiga. En las ciencias empíricas — dejaremos de lado la naturaleza de los posibles “hechos” matemáticos— se parte del principio de que los hechos que se estudian están, o pueden estar presentes, y por esa razón el tiempo del verbo que se suele utilizar en los enunciados científicos es siempre el presente, pues es en este tiempo verbal donde la naturaleza parece mostrarse en toda su plenitud. Sonaría, en efecto, algo extraño el oír enunciados científicos como: “el neutrino no tenía masa”, “el benceno se componía de átomos de carbono e hidrógeno” o “la ballena era un vertebrado”. Cuando un científico lleva a cabo semejantes afirmaciones es porque se está refiriendo a una experiencia del pasado que, o bien no es significativa a la hora de determinar la naturaleza de los hechos científicos en el presente, porque no se refiere a la esencia de los propios hechos sino a algún fenómeno de carácter accidental —es decir que “el neutrino parecía no tener masa”—, o bien haría referencia a un proceso evolutivo, a un proceso histórico. Si nos situamos en este segundo caso veremos que entonces se alza una contradicción entre el pasado y el presente, ya que un neutrino con masa no es un neutrino, el benceno sin carbono no es el benceno y una ballena invertebrada no es una ballena.

En efecto, si tomamos como modelo de un proceso evolutivo la teoría del Big-bang, podremos observar como los físicos parten de que las propiedades de

las partículas elementales serían las mismas en el momento de la aparición del universo —hace unos 15.000 millones de años— que ahora, y de hecho se aspira a reproducir las condiciones iniciales del universo a través de experimentos realizados en el presente, mediante aceleradores de partículas que podrían crear artificialmente esas condiciones iniciales. Sólo en el caso de la evolución darwiniana se puede admitir la existencia de una modificación de las formas de vida: vegetales y animales, pero en tanto que esas formas tendrían que ser explicadas en el futuro mediante la genética, y por lo tanto a través de la bioquímica, volveríamos a encontrarnos en la misma situación que en las ciencias físicas.

Las ciencias naturales son, pues, básicamente ciencias del ser, aunque admitan el devenir. En ellas el devenir no es más que el desarrollo de un conjunto de posibilidades que vienen dadas por unas reglas de juego previamente establecidas, como si estuviésemos ante una partida de ajedrez. O lo que es lo mismo en ellas pueden cambiar los acontecimientos, pero las leyes que los regulan son inmutables, y es en los enunciados en los que se expresan esas leyes donde reside la verdad el ser. Un ejemplo muy claro de ello lo sería el determinismo laplaciano. Es sabido que Laplace afirmó que si pudiese conocer en el momento presente la posición de todos los cuerpos que componen el universo, podría predecir todos sus movimientos en el futuro y deducir cuales habrían sido sus posiciones en el pasado. Y ello era así porque las leyes de la mecánica celeste se consideraban inmutables, por ser básicamente las leyes newtonianas.

Aunque hoy en día la afirmación de Laplace suele ponerse como un ejemplo superado de lo que fue la física determinista. Sin embargo, a pesar del desarrollo de la mecánica estadística y de la física cuántica, los físicos siguen todavía aspirando a describir y predecir los grandes procesos cosmológicos. Por ello Steven Weinberg puede escribir un libro sobre los tres primeros minutos del universo y los cosmólogos desarrollan sus cálculos para describirnos su composición incluso en los primeros segundos. Todo ello, así como las hipótesis sobre colapsos gravitatorios, muerte de las estrellas y formación de los agujeros negros, cuando no se trata del fin del propio universo con el Big-crunch, sigue siendo posible porque se considera que las leyes de la física, sean o no deterministas son las mismas a lo largo de toda la vida del universo, y esa es la razón de que la física puede dar cuenta de él en su totalidad.

Pero, aunque el conocimiento científico es un conocimiento del presente, sin embargo también maneja las categorías de ausencia y presencia. Dichas categorías pueden desarrollarse del siguiente modo. En primer lugar debemos distinguir dos tipos de presencia: la presencia inmediata y la presencia mediada.

Todo fenómeno, para ser considerado como tal tiene que estar presente ante la conciencia y ser expresado en un enunciado. Pero la conciencia está en un continuo flujo temporal y los enunciados también se producen en el tiempo, por lo cual podríamos decir que todo fenómeno que está presente tiende a

dejar de estarlo para ser sustituido por otro. Esto es evidente, y es a lo que hemos denominado *presencia inmediata*. Sin embargo no constituye un problema, puesto que sabemos perfectamente que podemos hacer presente un fenómeno, o un hecho, manejando un conjunto de condiciones que hagan esa presencia posible. Por ejemplo, yo no veo la estantería que está a mis espaldas, sin embargo sé que está ahí y que puedo verla girándome. En este caso una simple operación física puede que un fenómeno que no está inmediatamente presente, se haga presente de forma mediada. Lo que ocurre en la vida cotidiana y en el conocimiento científico, es que las operaciones para hacer presente lo no inmediato suelen ser mucho más complejas que un simple giro de espalda. Si quiero ver el Coliseo de Roma tendré que viajar, y si los científicos quieren hacer presentes determinados fenómenos tendrán que realizar laboriosas observaciones directas o reproducirlos de forma experimental. En todo caso está claro que pasar de la presencia inmediata a la *presencia mediada* es posible mediante un conjunto de operaciones: físicas o intelectuales que han de ser por todos conocidas con el fin de que se pueda generar un consenso y dar lugar a la aparición de una confianza en la capacidad de cualquier individuo para poder realizar este tránsito.

La cuestión se complica cuando además de estos dos aspectos de la categoría de presencia debemos incluir otros más complejos. Y es que hay hechos que no son observables bajo ninguna condición, y que sin embargo existen y puede conocerse su existencia. De todos es conocido como Leverrier, partiendo de las leyes celestes newtonianas dedujo la existencia del planeta Urano, que fue visto posteriormente. Del mismo modo los astrónomos actuales pueden deducir la existencia de un agujero negro por la rotación en torno a él de una o varias galaxias, siendo el agujero negro inobservable. En estos casos deberíamos distinguir otros dos tipos de presencia: la *presencia efectiva* y la *presencia no efectiva*. Se llama presencia no efectiva a aquella presencia de un hecho que bajo ningunas condiciones posibles puede llegar a hacerse efectivo, no siendo ello, sin embargo, un obstáculo para poder afirmar esa misma presencia.

Naturalmente los límites entre la presencia efectiva y la no efectiva pueden ser muy fluctuantes en el tiempo, puesto que el avance de los medios de observación puede hacer efectivos hechos que antes no lo eran. No obstante ello no quiere decir que toda presencia no efectiva tienda a desaparecer, puesto que precisamente los hechos del pasado, en tanto que tales, serán siempre irre recuperables. De nada vale jugar a la física divulgativa y afirmar que, del mismo modo que vemos el pasado cuando observamos el estallido de una supernova situada a un millón de años luz, ya que lo que vemos ocurrió hace un millón de años, podríamos pasar del futuro al pasado desplazándonos por el espacio. Así, lo que ocurrió en la tierra hace 2.500 años se verá ahora desde un planeta situado a 2.500 años luz. Lo que ocurre es que para contarle habría que volver a la tierra, llegando 2.500 años a partir de ahora, con lo cual seguiríamos escindidos entre el presente, el pasado y el futuro. Todo ello no es más que la consecuencia de que la velocidad de la luz sea limitada y no infinita, en

cuyo caso el universo, como en el caso de Newton sería estático y funcionaría armónicamente como un reloj.

Las ciencias naturales, en tanto que saberes del presente prestan escaso interés a la presencia no efectiva, incluso podríamos decir que no la toman excesivamente en serio. Así, por ejemplo, es sabido en astrofísica que en el universo debe existir una enorme cantidad de materia no visible, ya que no emite ni refleja la radiación luminosa, probablemente cuando esa materia sea conocida nuestra visión del universo cambie radicalmente y las leyes que ahora se consideran como válidas ya no tendrán validez. Pero los físicos no contemplan esta posibilidad más que como muy remota. Los científicos naturales creen que conocen el mundo tal como es, y que el pasado no se conocía a ese mismo mundo tal y como en realidad es, porque se formulaban teorías erróneas. Por supuesto admiten el progreso del conocimiento. En el futuro se conocerán más cosas y mejor, pero en lo sustancial la visión del universo será la misma. La ciencia no está dispuesta a autoinmolarse en un viernes santo. Podríamos entonces afirmar que en el conocimiento científico la presencia efectiva crece exponencialmente y puede llegar al límite, anulando la presencia no efectiva. Todo lo que es puede ser conocido —si no ahora en el futuro—, la ciencia actual no está dispuesta a admitir ninguna oscura kantiana cosa ensí que conserve en su seno el secreto del universo.

En el pensamiento científico la presencia tiende, pues, a ser siempre efectiva, y ello es lógico porque a lo que aspira ese tipo de conocimiento es a entonces no sólo lo efectivo, sino también lo necesario, y parece darse una contradicción entre la necesidad y la presencia no efectiva. La no efectividad de la presencia se sitúa más bien del lado de la posibilidad, la primera de las tres categorías de modalidad, y la más opuesta a la necesidad. En ese sentido, como en tantos otros, el pensamiento científico es enormemente coherente.

La presencia no efectiva de un hecho puede admitirse en el campo del pensamiento científico básicamente en función de dos presupuestos. O bien porque existe una relación *causa-efecto*, o bien porque existe una *ley*.

En el primer caso aunque el acontecimiento no sea observable podemos admitir su existencia si podemos considerarlo como causa de otro acontecimiento, su efecto, que sí está presente. No hay ningún problema entonces en admitir su presencia —en el presente o en el pasado—, pero eso sí deberemos tener un conocimiento previo del nexos causal, conocimiento que ha de ser compartido tanto por quién realiza el enunciado como por quién lo recibe. En este sentido el pensamiento científico, como en tantos otros casos, lleva a cabo una sistematización de las formas de razonamiento que utilizamos en la vida cotidiana. En ella podemos suponer que A tuvo un bisabuelo, aunque no podamos verlo ni hacerlo efectivo en modo alguno.

En el segundo de nuestros casos, del que sería un ejemplo nítido el caso de Laplace, la existencia de una ley científica, como la de la gravitación no sólo permite describir el universo en su estado presente, sino, lo que es más interesante, predecir el futuro, y consecuentemente describir el pasado. La ley es

el instrumento básico de articulación del tiempo —o más bien el conjunto de leyes—. Los acontecimientos no son más que casos que ejemplifican el cumplimiento de dicha ley bajo un conjunto de condiciones dadas. La ley, que se formula en presente, y por supuesto, bajo la categoría de la necesidad, da también cuenta de las categorías de posibilidad y efectividad, pues es en función de ella como un acontecimiento se hace posible y llega a ser efectivo. Sin leyes el conocimiento científico no sería posible, sin leyes no puede utilizarse la categoría de necesidad, sino únicamente las de posibilidad y efectividad. Deberemos por ello plantearnos que ocurre en el caso de la historia, un saber sin leyes que privilegia lo fáctico del pasado hasta el punto de excluirlo —es un modo de hablar— de la competencia de Dios.

## II

A la hora de analizar las categorías de ausencia y presencia en el ámbito del pensamiento histórico deberemos distinguir dos niveles, que por otra parte se hallan estrechamente relacionados: el antropológico y el sociológico. Es sabido que cada sociedad crea un determinado tipo de seres humanos, por lo que el determinismo sociológico siempre tiene parte de razón. Pero también lo es el que la especie humana posee una características básicas en común que muchas veces pueden sobrepasar las barreras sociales y culturales, por estar quizás entroncadas en los mecanismos biológicos y psicológicos básicos de la condición humana.

Comenzaremos, pues, nuestro análisis de la presencia en el primero de estos niveles.

Para comenzar podríamos afirmar que *la presencia se halla unida al deseo*. Es sabido por los análisis de Konrad Lorenz sobre la impronta y por los estudios de psicología genética desarrollados a partir de la obra de Jean Piaget que el niño o la cría de una determinada especie animal aprende a reconocer en primer lugar a un animal o una persona que cubre sus necesidades básicas: alimento y protección.

A partir de ahí, en el caso de los seres humanos, se va produciendo el proceso de construcción de lo real, a la par que se van desarrollando las capacidades motoras del niño, y en ese proceso en el que el niño va construyendo el espacio y el tiempo, desarrollando nociones como objeto, causa..., se va produciendo también una ampliación del mundo social, en el que comienzan a ser incluidas otras personas, además de la madre, primero de su entorno familiar y luego de otros entornos sociales más amplios.

A través de este proceso el deseo se va modulando y haciendo más complejo. Ya no se trata únicamente de satisfacer las necesidades de alimento y protección, sino de integrarse en un mundo familiar y social mediante el manejo de una serie de *símbolos*, que serán la clave para comprender el funcionamiento de las relaciones sociales. Las diferentes personas satisfacen sucesi-

vamente diferentes tipos de deseos, ya no sólo alimenticios, sino también sexuales, de autoridad, prestigio... El deseo pasa así de estar unilateralmente orientado y de ser más bien simple, a estar diversificado y socialmente distribuido. Es en función de él como pueden establecerse dos *círculos básicos*. El de las personas que de un modo u otro son objeto de mis deseos y el de las que se sitúan más allá de ellos. Las personas del primer grupo son aquellas cuya *presencia* contribuye a la satisfacción de ese deseo en sus múltiples modalidades. Las personas del segundo círculo son aquellas que nunca estarán presentes, o bien aquellas cuya presencia me resulte indiferente.

Centrándonos en el primer grupo tendremos que la presencia de ese conjunto de personas puede ser *inmediata o mediata*. En el primer caso se hallan presentes en un tiempo y un espacio dados. En el segundo esa presencia puede hacerse efectiva con movimientos en el espacio o con el devenir del tiempo, o bien con una combinación de ambos.

Cuando la presencia no es posible surge el fenómeno de la ausencia, que podría también distribuirse entre estos dos círculos. La ausencia de aquellas personas desconocidas o indiferentes no plantea problema alguno. El problema surge cuando la ausencia afecta a aquellas personas que son objeto de deseos.

Este último tipo de ausencia puede ser provisional, por razones espaciales o temporales, o definitiva. Y en este segundo caso la razón básica de una ausencia definitiva es la muerte. La muerte es un hecho natural, y como tal es admitido por todos los seres vivos. En el caso de los seres humanos se suele aceptar como natural la muerte del otro, siempre y cuando esté incluido en el segundo de los círculos —el de las personas indiferentes—, e incluso puede aceptarse esa muerte con alegría —o provocarla— si se trata de nuestro enemigo. La que resulta problemática es la muerte de las personas del primer círculo, de las que son objeto de algunos de nuestros deseos.

La muerte supone la ausencia absoluta, a partir de ella no puede darse jamás una presencia efectiva de la persona fallecida. Sin embargo la humanidad a lo largo de su historia se ha venido empeñando en negar esta dolorosa evidencia, y para ello ha recurrido básicamente a dos mecanismos. O bien ha aplicado medios físicos: embalsamamiento, tumbas y rituales funerarios en general para conservarse físicamente al muerto o algo del muerto. O bien ha desarrollado instrumentos lingüísticos que permiten crear y conservar la *memoria* del difunto. Esos instrumentos pueden ir, desde la inscripción funeraria, cuando existe la escritura hasta la composición de poemas o narraciones que conserven la memoria del muerto, o bien a la celebración periódica de dicha memoria mediante un conjunto de rituales pautados en el tiempo.

Es evidente que ninguno de estos instrumentos puede provocar la presencia efectiva del muerto. Pero estos instrumentos no se han desarrollado solos. Además de ellos la humanidad ha venido creando múltiples *representaciones* de otros mundos en los que las personas muertas siguen viviendo de alguna manera: el Hades, el cielo cristiano, el paraíso musulmán. Mundos que en

algunas religiones pueden estar en contacto con el mundo presente, ya sea haciéndose efectiva la presencia del difunto como fantasma, o bien estableciendo algún contacto con quienes habitan en esos mundos, y sobre todo quienes los gobiernan: dioses, espíritus protectores..., mediante las ceremonias de culto.

Tenemos, pues, un hecho irreversible, la muerte de las personas objeto de deseos y frente a él la obstinación, individual y colectiva, de los seres humanos a lo largo de la historia por negar esta evidencia recurriendo a las fórmulas que acabamos de enumerar.

La presencia de las personas del círculo primero se da también básicamente en el presente, un presente no instantáneo, sino más o menos dilatado. Es siempre para el presente, y por lo tanto para las personas vivas para quienes se realizan estos actos que intentan eliminar la ausencia. Es en función de los vivos que se llora a los muertos. Los vivos no lloran la muerte de los otros en tanto que tal, sino en tanto que significa algo para ellos. La memoria de los muertos, para estar viva, tiene que estarlo en el presente. Cuando va transcurriendo el tiempo esa memoria se va perdiendo. Digamos que la memoria es un círculo que posee un determinado radio de luz que lo ilumina, y ese haz luminoso se va desplazando hacia el futuro con el fluir del tiempo presente dejando al pasado progresivamente en la oscuridad y el silencio y haciendo que, del mismo modo, al ir muriendo los supervivientes, deje de sentirse la ausencia.

Si en el pensamiento científico no podía hablarse de una presencia absolutamente no efectiva, en el caso del pasado humano, por el contrario sí que tiene sentido hablar de una ausencia absoluta, la de todos aquellos que quedan más allá de la memoria de los vivos, de aquellos que ningún artificio puede hacer presentes, y que, sin embargo y paradójicamente, constituyen precisamente el objeto de estudio de la historia que intente abarcar algo más que el tiempo presente.

Muchas veces los seres humanos prefieren perder la razón antes que la esperanza. En el caso de la muerte, los ritos y las representaciones funerarias, la antropología y la historia son una buena prueba de ello. La humanidad parece que ha querido negar el carácter ineluctable de la muerte y al igual que el pensamiento científico parece no querer admitir la ausencia radical de algunos, o quizás la mayoría —si tenemos en cuenta el tiempo histórico transcurrido— de sus miembros. Lo que los esfuerzos individuales y colectivos han intentado hacer para lograr la presencia de los difuntos lo ha venido haciendo la historia a nivel colectivo, tanto en cuanto género literario como en tanto que saber supuestamente científico. Por ello será necesario pasar ahora del nivel individual y afectivo al nivel colectivo y de las representaciones sociales, que es en donde la historia halla su lugar.

### III

Ante todo debemos partir de un hecho que, a pesar de ser evidente, los historiadores parecen no querer reconocer. Y es que el pasado no tiene densidad ontológica. El pasado ya no existe, y consecuentemente no puede ser observado.

Tenemos que partir de la existencia de una noción, la de pasado, que no es aplicable a todas las culturas, ya que sin ella no sería ni siquiera posible plantearnos el problema. Ello quiere decir que, en principio, deberemos excluir de nuestra consideración al pensamiento mítico, ya que en él no se da claramente la noción de pasado humano, articulándose el tiempo en función de la dicotomía: tiempo presente-tiempo de los antepasados.

La noción de pasado aparece claramente tanto en la historia considerada como género literario —es decir hasta el siglo XIX de la historia occidental— como en la historia considerada como ciencia. En ambas se da también el hecho de la negación del carácter radical de la ausencia y del olvido, puesto que en ellas se trata de luchar contra los mismos de modo que el pasado se haga efectivo.

Ello es posible mediante el lenguaje, a través de la narración del testigo ocular o del discurso de un narrador ausente. El primer caso sería el de la historiografía clásica en la que historiadores como Herodoto y Tucídides, testigos presenciales de los acontecimientos, confiesan en los prólogos de sus obras su intención de escribir para que los grandes hechos de los griegos y de los bárbaros no caigan en el olvido —en el primer caso—, o bien para que los griegos aprendan para siempre una lección de moral a partir de su reflexión acerca de los acontecimientos de la Guerra del Peloponeso narrada por Tucídides.

En este caso la historia seguiría las pautas de la memoria colectiva que funcionaban en el ámbito familiar en relación con la conmemoración de los muertos: se trata de hacerlos presentes manteniendo vivo su recuerdo en la memoria y haciéndolo visible a través del lenguaje. O bien complementando el recuerdo oral —como en el caso de la oración fúnebre ateniense— con un ritual anual que hace presente el recuerdo, y con un monumento que hace físicamente visible la presencia del mismo.

Hay no obstante una diferencia importante entre el sencillo recuerdo familiar y el recuerdo desarrollado por la historiografía. Y es que en el caso de la historia el recuerdo posee un carácter político. En Grecia la historia es la memoria de la polis. En el Antiguo Oriente la inscripción conmemorativa egipcia o mesopotámica conserva el recuerdo de la gloria del faraón o del rey y no un recuerdo afectivo de tipo familiar. La oración fúnebre ateniense celebra la gloria de aquellos que han muerto en la guerra por la ciudad, garantizándoles una inmortalidad, que antes estaba reservada a los héroes épicos, a nivel colectivo. En ambos casos el recuerdo de personas del pasado sobrepasa el nivel afectivo, el nivel de los deseos, para entrar en el ámbito del poder, del dominio de unas personas sobre otras avalado por sanciones religiosas, ideológicas o científicas.

La actualización del pasado se lleva a cabo consecuentemente partiendo de un interés, el interés de justificar un dominio, interés que traerá consigo la necesidad de ampliar la memoria de los ausentes del ámbito reducido del círculo de las personas objeto de deseos al ámbito más extenso de la comunidad de la polis o de las formas políticas del reino y del imperio.

Estos rituales, monumentos o relatos tendrán credibilidad porque se da un consenso entre los miembros de esas agrupaciones políticas en la aceptación del dominio inherente a las mismas. Es precisamente esa aceptación de las relaciones sociales lo que hace los relatos creíbles. Si me cuentan una historia familiar acerca de nuestro pasado la creo porque le otorgo credibilidad a quien me la cuenta, por estar unido con el o ella por una relación afectiva. Si me cuentan una historia sobre las guerras de mi ciudad o las batallas del faraón las creo, en ambos casos, porque acepto esos dominios políticos. Parafraseando un célebre dicho de San Anselmo, en estos casos es necesario creer para comprender. Es esa creencia compartida la que me da acceso al pasado no las razones que posea el narrador, y mucho menos un método que sirva de guía infalible al conocimiento.

Estos elementos entrarán en acción en la segunda de las formulaciones de la historia: la de la historia ciencia. En ella tendremos dos elementos clave que garantizan la credibilidad del historiador: la existencia de los *documentos* y la de un método que permite leerlos e interpretarlos. Sin embargo estas dos nociones clave pueden dar pie al desarrollo de una serie de falacias relacionadas con la estrategia de negación de la ausencia y de actualización del pasado.

La primera de ellas se refiere a la confusión entre el propio pasado y los documentos. Se llaman documentos y monumentos a conjunto de objetos que en un momento del pasado recibieron la acción de un hombre o un grupo humano y que se conservan en el presente. Un documento-monumento es tal en función de la información que nos proporciona.

Los documentos-monumentos estaban físicamente presentes en el pasado y lo siguen estando ahora, por lo que podría decirse que a través de ellos entramos en contacto con el pasado. Sin embargo ello no es del todo cierto porque lo que nos ofrece el documento no es el pasado mismo, sino una información que en el pasado poseía un sentido y en el presente otro sentido diferente. Una inscripción funeraria romana poseía sentido para quien la encargó y para sus posibles lectores, y quizás para el muerto si en su momento la hubiese elegido. Ese sentido es en primer lugar un sentido afectivo y en segundo lugar un sentido representativo, puesto que nos pone en contacto con un conjunto de creencias relacionadas con la muerte en la sociedad romana. Por el contrario para el historiador dicha inscripción, que, por supuesto, no posee contenido afectivo alguno, es nada más que un ejemplo de: un tipo de texto epigráfico, de una información demográfica y social, o un dato para explotar en la historia de las religiones. Al leer la inscripción funeraria el historiador no entra en contacto directo con el pasado, aunque toque físicamente la piedra grabada hace dos mil años. Tampoco penetra en el entramado de relaciones sociales que

generaron la producción del epígrafe: no conocía al muerto ni a sus familiares. Lo que hace es más bien elaborar un discurso en función de unos intereses colectivos y personales, en el que esa inscripción halla sentido como documento histórico digno de ser conservado en el presente en función de los fines sociales que pueda desempeñar la historia.

Lo que decimos de una inscripción funeraria romana podría generalizarse aplicándolo a cualquier otro tipo de documento. Los documentos tenían sentido en el pasado porque existieron unas personas que los escribieron, utilizaron y crearon. Esas personas ya no existen y por mucho que estudiemos la documentación con la que estuvieron en contacto, no conseguiremos hacerlas presentes de un modo efectivo. Las hacemos presentes en el lenguaje, como en los recuerdos familiares, pero en nuestro lenguaje, de acuerdo con nuestros propósitos y otorgándoles un lugar en nuestro universo del sentido, no en el suyo, desaparecido para siempre.

Un recuerdo familiar era posible porque existía un universo de valores compartidos, lo mismo ocurría con los recuerdos históricos en el mundo de la polis o de los imperios del Antiguo Oriente. En el caso de la historia ciencia el historiador no sólo dispone de un conjunto de documentos sino que realiza, en primer lugar, una lectura y una comprensión de los mismos, para intentar posteriormente interpretarlos mediante su método de una forma científica.

La operación de lectura y comprensión es posible no sólo gracias al conocimiento del lenguaje propio y de otros lenguajes, sino también porque el historiador lleva constantemente a cabo un proceso de reactualización, analizado por Collingwood, en el que trata de comprender las acciones a las que hacen referencia los documentos y monumentos o narradas en las crónicas en función de los propósitos, de las intenciones de sus protagonistas. Naturalmente ello presupone la existencia de una condición humana común, gracias a la cual, a pesar de las enormes diferencias culturales que puedan darse a lo largo de la historia, podremos tratar de comprender como actuaron y que pensaron nuestros antepasados, por muy diferentes que hayan sido de nosotros.

Esa posibilidad de reactualización no es lo mismo que el logro de la presencia efectiva o no efectiva del pasado, sino algo sustancialmente diferente. Que no se trata de una presencia efectiva es evidente, puesto que los historiadores no son capaces de resucitar a los muertos ni de evocar sus espíritus. Pero tampoco se trata de una presencia no efectiva, si no más bien de la creación de una ficción, de un relato en el que esos personajes, la historia de cuya vida —vividada o narrada— desapareció con ellos y sus descendientes, adquieren un nuevo papel como protagonistas del pasado de una cultura, una civilización o una nación que se autodefinen como tales en el tiempo presente. De este modo el universo del sentido contemporáneo coloniza, por así decirlo los ya silenciosos y ausentes universos de sentido del pasado.

Pero la historia no se limita a ser simplemente un proceso de empatía con personajes del pasado sino que aspira a explicar ese mismo pasado. Para ello

podría utilizar básicamente los dos mismos instrumentos que están presentes en el pensamiento científico: las nociones de causa y ley.

La noción de causa se utiliza en historia a nivel general en primer lugar en relación con la existencia de los mismos documentos. Si los documentos y monumentos están ahí es porque alguien los hizo, del mismo modo que en la metáfora del detective, tan del gusto de Collingwood si hay un cadáver es porque hubo uno, o varios, asesinos. La noción de causa aplicada a los documentos nos permite, en primer lugar saber con certeza que hubo otros seres humanos en el pasado viviendo en un medio geográfico concreto.

Pero además de esta noción de causalidad global, que nos permite hacer presente efectivo el pasado en general, la noción de causa se utiliza en todos los niveles del pensamiento histórico. ¿Podría, pues, decirse, que conociendo el conjunto, o las series, de todas las causas podríamos hacer efectivamente presente el pasado?. Los historiadores creen que sí, pues en ello se les va la credibilidad del conocimiento que cultivan. En realidad la cuestión parece un poco más dudosa.

Y ello es así porque los procesos históricos no son procesos lineales, monocausales y deterministas, sino, por el contrario multilineales, policausales y no deterministas. En efecto, si reducimos la historia a un único tipo de procesos, como los procesos políticos y consideramos que en ella únicamente debemos describir sucesiones de reyes y emperadores, narrando las causas de sus muertes, sus victorias y sus derrotas, entonces la historia puede ser entendida como un proceso lineal en el que un reino o un imperio nace, crece y muere. Las causas de los acontecimientos son las decisiones de sus protagonistas, y el mundo en el que nos movemos es absolutamente determinista ya que quién puede tomar una decisión la toma y todas las consecuencias derivan plenamente de ella.

Naturalmente si, como ocurre en la historiografía desde ya hace muchos años, se pretenden integrar, junto a la dimensión política, la económica, social, ideológica o los factores psicológicos —individuales y colectivos— no conscientes entonces los procesos se superponen, ya no son lineales. Las causas son múltiples y no siempre puede establecerse una jerarquía clara, como la de infraestructura y superestructura. No sabemos siempre cual determina a cual, cuantas actúan a la vez y hasta que punto llega su capacidad de determinismo. A la historia así considerada no puede aplicarse, como veremos, el modelo de la física determinista, el único referente matemático posible sería la teoría del caos, pero sus formulaciones actuales son demasiado simples como para poder ser aplicadas a los procesos históricos. Y no sólo por la multiplicidad de las causas, sino también por el carácter borroso de las mismas. El historiador, como señaló en su día H. Rickert, no es capaz de formalizar conceptos de validez universal, como lo pone claramente de manifiesto la multiplicidad de las “escuelas históricas”. Si no existen conceptos formalizables no se podrán determinar las variables que podrían ser incluidas en una teoría matemática, por lo cual, en sentido estricto, por muy desarrollada que estu-

viese la teoría del caos, no sería aplicable si no la relacionamos con la lógica de los conjuntos borrosos, que tampoco podría dar cuenta de la totalidad del devenir histórico debido a la mezcla de la difusión de los conceptos con la multiplicidad de las variables.

De todo ello puede deducirse fácilmente que en historia no pueden formularse *leyes* similares a las de la física. Y es precisamente la inexistencia de esas mismas leyes la que hace que, de una parte los historiadores no puedan predecir acontecimientos futuros como, con más o menos acierto hacen los físicos y los astrónomos, y que consecuentemente no puedan hacer presente el pasado de un modo efectivo. Puede haber un historiador laplaciano, que partiendo del presente pueda deducir el pasado y predecir el futuro. Y ello es así precisamente, tal y como habíamos visto, por el desconocimiento de una ley que permita articular el pasado, el presente y el futuro. Una ley que como las leyes de la física, tendría —eso creen los físicos— validez en esos tres momentos de la articulación temporal.

El historiador, al tratar con el pasado, deberá utilizar las categorías de presencia y ausencia de un modo diferente al científico natural. En su caso no se podrá pasar de la presencia inmediata a la mediata, puesto que el pasado ni existe ni es observable. Y el utilizar al documento como instrumento para pasar de la presencia inmediata a la mediata es una falacia, ya que el documento ni hace presente al acontecimiento ni hace presente a las personas del pasado, únicamente nos permite imaginar esas acciones y las sombras de esas personas, de acuerdo con las reglas que nuestra imaginación nos dicta.

En el caso de la presencia efectiva y no efectiva, el historiador, al contrario que el físico nunca podrá alcanzar la presencia efectiva de un acontecimiento, ya que el pasado ni es observable ni reproducible experimentalmente, por lo que se tendrá que conformar con la presencia no efectiva. Pero una presencia no efectiva que nunca puede hacerse efectiva y una presencia mediata que nunca puede hacerse inmediata suponen, en realidad, la destrucción de la categoría de presencia y la afirmación del dominio absoluto de la categoría de la ausencia.

La historia es el saber de la ausencia, de una ausencia además que es irrecuperable porque si examinamos las tres categorías de modalidad veremos que, al contrario que en las ciencias naturales, en historia la categoría de necesidad no posee aplicación, puesto que el devenir de los acontecimientos no está regido por leyes. En la historia asistimos al dominio de la categoría de efectividad, unida, claro está, a la de posibilidad.

En historia se trata de describir, y si es posible de analizar, lo efectivo, las cosas tal y como ocurrieron, como afirmaba L. Von Ranke. Su misión consiste en ver como, a partir de los hilos de lo posible, se va formando la trama de lo efectivo, sin llegar nunca a que lo efectivo se convierta en necesario. Muchos historiadores afirman, sin embargo, que el pasado es precisamente necesario, y por ni Dios podría cambiarlo. No obstante como hemos visto ello no es cierto. Si lo afirman es porque proclamando la necesidad del pasado lo que se jus-

tífica es la necesidad del presente. Así, por ejemplo, si la historia de la civilización occidental y su expansión mundial no es contingente, sino necesaria, entonces el dominio que dicha expansión trajo consigo no sólo es necesario, sino que también está política y moralmente justificado, no reconocerlo sería ir “contra la historia”.

Si la historia es el dominio de lo contingente, de lo que de posible ha llegado a ser efectivo y también es el dominio de la ausencia, de una ausencia que nunca podrá convertirse en una presencia efectiva e inmediata, entonces los historiadores actúan de la forma más opuesta a la de los científicos naturales. Estos últimos se negaban a reconocer rotundamente la presencia no efectiva, el historiador, por el contrario, no sólo ha de partir de ella, sino, lo que es más problemático, quedarse precisamente ahí. El historiador sería como un mago, que pretende conjurar a un pasado que ya no puede volver gracias a la ayuda de un lenguaje en el que los enunciados realizativos funcionarían al revés, ya que no crean el futuro, como los imperativos, sino el pasado. El historiador lanza su discurso ante el pasado y la ausencia, pero no lo hace por razones sentimentales ni tampoco está solo. Su discurso es un discurso compartido, es ante todo un hecho social. Con él, aún siendo en el fondo consciente de la futilidad de su empeño, intenta, más que actualizar un pasado ausente reafirmar la existencia del presente, de un presente que, sobre todo a partir del siglo XIX europeo, ha necesitado colonizar el pasado, colonizar lo que ya no es con el fin de poder controlar lo que será.

No tiene sentido, pues, como se suele decir, liberar el pasado, o descolonizarlo, pues, dada su falta de densidad ontológica, sería lo mismo que colonizar la nada. Los pasados básicamente se imaginan. Una corriente historiográfica es, ante todo, un conjunto de metáforas compartidas por los historiadores y su público, que pretenden describir lo que ya no es y otorgarle un sentido diferente al que tuvo y que no puede tener. Lo malo de las metáforas es que pueden colisionar entre sí, trayendo consigo víctimas, a veces mortales. Si la historia no quiere conformarse con ese papel de suministradora de metáforas listas para la lucha deberá volverse hacia sí misma, pasar del objeto que cree describir al sujeto que lo construye y fundar sobre el análisis de las reglas que permiten esa construcción una disciplina que establezca sus límites, su legitimidad y que permita liberarse de su papel de instrumento de colonización de lo que ya no es para establecer el control de lo que será. Es a ese saber crítico de la historia a lo que se puede contribuir, como en este caso, con el análisis de dos de las categorías del entendimiento histórico, cuyo buen uso era necesario reestablecer.